
LA RAÍZ
Y EL CAMINO

MARIANA YAMPOLSKY

PRESENTACIÓN

ELENA PONIATOWSKA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

ÍNDICE

ELENA PONIATOWSKA

5

- 12
Puesto de naranjas. Axochiapan, Morelos
- 13
Arco ceremonial. Tlaxcala
- 14
La balastrada. Cuetzalán, Puebla
- 15
Madre. Cuetzalán, Puebla
- 16
Malecón. Lerma, Campeche
- 17
Huipil de tapar. Pinotepa Nacional, Oaxaca
- 18
Maguey capado. Hidalgo
- 19
El hijo. Chililico, Hidalgo
- 20
Misa vespertina. Metzquititlán, Hidalgo
- 21
Elva. Huejotzingo, Puebla
- 22
Troje. Honey, Puebla
- 23
- 24
Bautizo. Zongolica, Veracruz
- 25
Adornos. Zintzuntzan, Michoacán
- 26
Tres generaciones. Altepexi, Puebla
- 27
Encaje. Tianguistengo, estado de México
- 28
Aparador. México, D. F.
- 29
Monaguillo. Iztapalapa, México, D. F.
- 30
Fiesta. Yaunáhuac, Puebla.
- 31
Muro atrial. Atempan, Puebla
- 32
Espera. Chignautla, Puebla
- 33
Barroco. Tepalcíngo, Morelos
- 34
Ángeles. San Pedro Atlapulco, estado de México
- 35
Esquina. Tulimán, Guerrero
- 36
La entrada. Yolotepec, Hidalgo
- 37
Capilla de espinas. Puebla
- 38
Medallón. Hueyapan, Puebla
- 39

	40
Mujer de Tlacotalpan. Veracruz	
	41
El pan. Tlacotalpan, Veracruz	
	42
Madre de Campeche	
	43
Escalera. Molango, Hidalgo	
	44
Mujer otomí. Temoaya, estado de México	
	45
Escuela mazahua. Estado de México	
	46
Recreo. San Andrés Tenejapa, Veracruz	
	47
Pórtico. Ixtaltepec, Oaxaca	
	48
La cocina. Ixtaltepec, Oaxaca	
	49
La bodega. Hacienda La Noria, Tlaxcala	
	50
Retrato de familia. Hidalgo	
	51
La ciega. Tlacotalpan, Veracruz	
	52
El peluquero. Tenango de Doria, Hidalgo	
	53
Mayordomo. Hacienda La Noria, Tlaxcala	
	54
Niño pulquero. Tlaxcala	
	55
Caballeriza. Hacienda Tecajete, Hidalgo	
	56
La recámara del patrón. Hacienda Ocotepc, Hidalgo	
	57
El almuerzo. Hacienda Tepetates, Tlaxcala	
	58
El portal. Hacienda Soapayuca, estado de México	
	59
	60
Osario. Dangú, Hidalgo	
	61
Muro de espinas. Los Emes, Hidalgo	
	62
“Así la construí.” Tzicatlán, Puebla.	
	63
Última mirada. Yucatán	
	64
Desde que te ausentaste. Chilpancingo, Guerrero	
	65
Ofrenda. Atempán, Puebla	
	66
Pétalos. Atempán, Puebla	
	67

LA RAIZ Y EL CAMINO

Camina delante de mí, sus brazos en jarras como cantarito, a la manera de las campesinas. Apoya sus dos manos sobre su cintura y allá va, con los codos doblados porque así su cámara, sus bolsas con rollos y lentes no resbalan de sus hombros. Su equipo lo carga sola, no pide que nadie le ayude. Edward Weston y Tina Modotti en su “Diario” hacen múltiples alusiones a los muchachitos que los acompañaban con el tripié, las placas. Pero es que la Graflex era muy pesada. La Hasselblad no tanto, pero Mariana lleva un equipo que le permite cambiar el rollo, añadirle no sé qué lente, insertar un nuevo aditamento, manipularla en la oscuridad de una bolsa de lona cuando saca el rollo que concienzudamente sella con la punta de su lengua. Ya está; doce fotos han sido impresas y van a dar al fondo de la bolsa junto con otros rollos que primero fueron de papel amarillo y ahora son rojitos como esos pitos espantasuegras que reparten en las fiestas de fin de año junto con los gorros de cartón. Qué alegres se ven allá en el fondo de la bolsa, qué promisoría la cosecha de ese día, Mariana se la echa al hombro y otra vez la emprende como una campesina fuerte, campanita de barro que regresa a la casa con su haz de trigo después de haber cumplido la tarea del día.

Porque Mariana vive la vida como una tarea esencial. Pertenece al cuerpo común de los hombres. Su destino es la responsabilidad. Mariana es esencialmente un ser responsable. Como trabajadora cultural siente que debe rendir cuentas. ¿Ante quiénes? Ante los oprimidos. Hace mucho que se colocó entre sus filas. “Aquí me formo”, dijo desde que llegó a México. Cuando abrió la ventana de su primer día en la ciudad de México y vio una buganvilla estallar sobre la pared de enfrente dijo: “Este es mi país.” Y cuando caminó por las calles del centro, las de Regina, Cuauhtemotzin, Donceles, las Vizcaínas, Popotla y San Juan de Letrán entre los billeteros, las quesadilleras, los vendedores ambulantes y los cargadores que avisan: “¡Ahí va el golpe!”, escogió, sin pensarlo dos veces, a su gente.

Dice Albert Camus en alguno de sus *Carnets*: “En el momento en que no sea yo más que un escritor dejaré de escribir.” Lo mismo podría aplicarse a Mariana, porque a partir del momento en que no fuera más que una fotógrafa dejaría de fotografiar. En la emulsión que vierte sobre cada una de sus impresiones, varias Marianas se licúan transparentes y límpidas: la maestra, la grabadora, la conocedora de arte, la hacedora de libros, la lectora. Blanca y negra como reina de baraja, Mariana Yampolsky pasó del blanco y negro del grabado al negro y blanco de la

fotografía, del blanco y negro de la tipografía al blanco y negro del formato de libros extraordinariamente bien hechos. Mariana, además, camina siempre con una bandera blanca en la mano y así llega a los pueblos a platicar con la gente; se para entre los tendidos de manta del mercado, sabe oír y sabe preguntar; tranquila, seria, va adentrándose en una realidad siempre nueva y siempre sorprendente. Hombres, mujeres y niños responden porque sienten la gravedad de su mirada, el respeto en sus consideraciones, el compromiso reflexivo de esta mujer serena que habla con voz lenta, pausada, sin alterarse jamás. Mariana evalúa, espera, valoriza. Nunca se precipita. Yo todo lo despepito, derramo los frijoles a la menor provocación. Mariana le da siete vueltas a su lengua antes de emitir un juicio. Su autoridad moral se acrecienta porque cuando describe una situación, una choza, el hambre en torno a un comal vacío nos compromete. Su solo relato (el hablado y el fotográfico) no nos deja escapar. Allí estamos y no podemos hacernos tontos. Mariana nos ha amarrado. Es tan vital su relación con los demás, con la mujer que la mira mientras desgrana el maíz, con el niño que se ha detenido su atadajo de leña en los hombros, con la novia de falda corta y calcetines blancos que permea el papel fotográfico, lo atraviesa y nos da en plena cara. “Ándale, aquí estoy yo y allá estás tú”, parece decirnos. “Y ahora, a ver qué haces. Ahora a ver cómo sigues viviendo. ¿Qué harás tú con mis manos ajadas, mi rebozo raído y mis ojos que son dos carbones encendidos? ¿Qué harás tú con la niña de Vietnam que corre desnuda frente a los soldados norteamericanos? ¿O con el niño judío, su estrella de David sobre el pecho, que aguarda en la nieve con los brazos en alto?”

Habría que ver a Mariana tomar sus fotografías, cómo se acerca, selecciona, se emociona, hace un disparo, busca la luz, abre una ventana, va y viene, sonriendo siempre, temerosa de que se le escape el instante. “Oh tiempo, detente, eres tan hermoso.” Una llave contra una puerta de madera a la que le da un determinado rayo de sol, el dorso bruñido de una mecedora, una campesina que protesta: “Me voy a ir a peinar, ando fachosa” (siempre andamos fachosos cuando nos quieren retratar), todo es parte del proceso creativo. Después de doce tomas, Mariana busca en su bolsa el rollo del relevo. Aunque no lo parezca esto le da tiempo para reflexionar. Y de nuevo, la emoción va subiendo por su rostro de mujer que participa, que sabe ver, que ve, comprende lo esencial, capta y sobre todo ama a su país, con un amor profundo, adolorido. Allí está la embarazada con su hijo en brazos. ¿Cómo puede tener la fuerza de dar un hijo más? Pues la tiene, y Mariana y ella, la una frente a la otra, el autor y su sujeto se vuelven ambos frutos entrañables. Vasos comunicantes, las miramos imantados; la fotógrafa y la madre, el río de luz entre las dos, el cordón umbilical que ha de romperse porque Mariana la caminante sigue su camino sobre sus fuertes piernas de mujer que sabe adónde va.

El paisaje que rodea el pequeño Volkswagen la acuna, la mece, es un inmenso regazo en el que sus ojos van solazándose, “los países se tienden junto a los ríos, buscan el suave pecho, los labios del planeta”. Mariana mira tenazmente frente a ella, nada se le escapa, ni el maguey desflorado, ni los quites con los que se construyen los muros de la choza, ni el maravilloso acueducto del padre Tembleque que como un José María Velasco espera al fondo del horizonte: “Mira las montañas, mira este vacío ancho y poderoso, mira la casa con su techo de pencas de maguey, mira el tlachiquero.” Al maguey, Mariana lo conoce por dentro y por fuera; enumera sus usos, inventaría sus bondades, las agradece como agradece la gallardía de la mujer campesina, su hijo en ancas, la postura del trabajador que con su pico y pala espera el autobús al borde de la carretera. Todo es plástico como lo fue para Leopoldo Méndez y Pablo O’Higgins, sus influencias más notorias. A los hombres de la tierra los ve siempre en un gran movimiento poético. Recoger la alfalfa, juntar las mazorcas, bordar flores en un pañuelo con orillas de llorar son actos no sólo de sobrevivencia sino de creación. Y en esa manera de ver la vida está el mayor aporte de Mariana Yampolsky a la cultura de nuestro país; incorpora los días y las horas, las fiestas y los objetos de uso cotidiano, los trabajos y los pesares al gran arte así como Diego Rivera supo darlos en sus murales y Orozco pudo fijar para siempre la rabia, la indignación. Mariana es menos violenta pero igualmente incisiva. El pequeño trabajador de la hacienda pulquera refleja en su rostro los siglos de cansancio del niño explotado y se hace uno con las “castañas” de pulque. En la joven vieja de “En la hacienda” aparece la misma desolación. Otro tema recurrente es la sobrevivencia de formas prehispánicas sincréticas, el peso de la religión y la impronta de las manos mexicanas en las labores de todos los días; ya sea del hogar o ceremoniales. El blanco de Mariana emerge de las sombras, un blanco intocado, la niña en su vestido de primera comunión, el chiquillo indígena de la mano de su padre, la joven que vuelve su cabeza enredada con un trapo para mirar y semeja una Juana de Arco o una novicia a punto de entregar su alma.

¿El alma? Antes le quitaban un cachito de alma al fotografiado. Ahora el deseo de tener una foto colgada en la pared equivale a reconocerse, a decir: mírenme, ésa soy yo, mírenme, aquí estoy, mírenme, soy. Mariana misma lo confirma: “La actitud de la gente ha cambiado. A cada rato pide una foto. Incluso en Ocumicho, Michoacán, me siguieron en la calle diciéndome:

—Seño, quítame un retrato.

“¿Y qué tipo de fotografía hace?, preguntan. Y no sé contestar porque me choca la palabra ‘artística’ y no me importa si es o no arte. Cuando veo una fotografía que me emociona, no me pregunto si es arte sino cómo viven esas personas captadas magistralmente por alguien como Cartier Bresson o Eugene Smith. No me planteo si es reportaje o